

bre que excitaban horriblemente los nervios de los reverendos de Montrouge y de Saint-Acheul.

Así que, la guardia nacional fué disuelta en la primera ocasión.

En fin, habremos terminado esta revista, un poco larga quizás, pero necesaria para el desarrollo de nuestro drama, cuando hayamos dicho que en el antiguo teatro de la Foire, se representaba sobre tablados, levantados entre la Gaité y Mad. Saquí, tablados pertenecientes al señor Galileo Copérnico, así llamado, porque hacía ver á los espectadores estrellas á mediodía.

Añadamos para dar á este personaje toda la importancia que merece y que ha conquistado con representaciones dadas con el mayor éxito (así lo dicen sus carteles de anuncios) ante los principales soberanos de Europa, que es hermano político del célebre Zozo del Norte, de quien hemos hablado en la biografía de nuestro amigo Mellingue, y que tiene para divertir al público con bagatelas al ilustre Fafiou, el rey de los payasos de su época.

Esperamos decir algunas palabras de estos augustos far-santes en nuestros primeros capítulos. Forman parte de aquella ilustre clase que se llamaba entonces LOS MOHICANOS DE PARÍS, en honor de la hermosa novela de Cooper, que acababa de salir á luz.

Ahora que el teatro y las decoraciones son conocidas, acomódese el espectador en su puesto lo mejor que pueda.

Se va á principiar.

## CAPÍTULO V.

### EL MANDADERO DE LA CALLE DE FERS

La calle de Fers, que se llamaba aún en el siglo xiv *calle de Fevres*, estaba situada, y en parte aún lo está, porque no se ha concluido de destrozarla enteramente, entre la calle de San Dionisio, donde principiaba, y el mercado de las Acelgas, y la calle de la Lencería, donde concluía, alargándose por el lado norte del mercado de los Inocentes, paralelamente á la calle de la Ferronnerie.

Pasando la calle de Fers, como un rio que carreteaba frutos, flores y legumbres, entre las cien tabernas que estaban á su derecha, y las mil tenduchas del mercado que estaban á su izquierda, la calle de Fers no carecía en la época en que comienza este capítulo, es decir, hacia mitad del mes de Marzo, de cierto colorido de un no sé qué pintoresco, que no se encontrará ya en nuestro París, alineado, blanqueado, *cosmetizado* y correcto, que amenaza tornarse como Turin, en un vasto tablero de damas, es decir, en una ciudad, para el uso de los Filidor y los Labourdonnais futuros.

La multitud de trajes confundidos que se paseaba por aquella calle desde los primeros resplandores de la mañana, zumbando como un enjambre de abejas, dirigiéndose, á través del camino transparente del aire, hacia su colmena materna, presentaba, así sombreada por un lado por las paredes negras de las tabernas, é iluminada por el otro por las tiendas; presentaba, decimos, un sello de

todo punto particular, de todo punto original, que le daba una gran semejanza con las muchedumbres pintadas en los cuadros de los antiguos maestros flamencos.

Eran las diez de la mañana, poco más ó menos; era una de esas primeras mañanas de Marzo, en que la primavera comienza á transparentarse, mostrando su rosado aspecto á través de las últimas brumas del invierno. El sol, que no hacía en aquella época para calentar á los pobres todo lo que hace en nuestros días; el sol, deslizándose á través de la atmósfera empapada en sus tempranos rayos, iluminaba las náyades de la fuente de Juan Goujón en toda su natural belleza.

El mercado abundaba en luz de arriba abajo; y la multitud instintivamente, sin saberlo, al mismo tiempo que el tercer domingo del mes de Marzo, celebraba la fiesta de la primavera, con gritos estrepitosos y carcajadas alegres como canciones.

Y había bien por qué gritar, reír y cantar á la vez: aquel mercado, gris y negro de ordinario, tan sombrío y tan triste durante seis meses después, había vestido en aquella noche su corona de rosas, su traje de primulas ó hierbas de San Pablo, y su ramillete de violetas.

Hubiérase dicho que era el mercado de las flores.

¡ Compradores, vendedores, pasajeros, todos querían tener, las mujeres en su cintura, los hombres en sus ojales, este un clavel, aquella un alhelí, algunas, en fin, esos pebeteros de perfumes que la naturaleza al despertarse dispensa á los habitantes de la campiña con su infatigable profusión, con su inagotable prodigalidad!

Uno de aquellos que parecía gozar más voluptuosamente, si no más ruidosamente, de aquel despertar de la naturaleza, era un joven tendido á la larga, con los dos

brazos cruzados sobre su cabeza, sobre una angarilla de mandadero, arrimado de espaldas á la muralla, entre la puerta y la ventana de una de las tabernas de que está esmaltada la calle de Fers, y con los ojos vueltos hacia el lado de la fuente de los Inocentes.

Al ver aquel joven vestido de terciopelo de pies á cabeza, así negligentemente tendido, y que parecía aspirar por todos los poros los primeros rayos del sol, con sus grandes ojos de terciopelo negro, sus largos cabellos negros, su barba negra, se le hubiera tomado por uno de esos voluptuosos lazzaroni, acostados al sol que dora el malecón de Mergellina ó de Santa Lucia.

Y sin embargo, mirándole más de cerca ó más atentamente, el que á primera vista hubiera formado esta opinión de él, hubiera reconocido bien pronto su error, y se hubiera arrepentido de haberle confundido, aun cuando fuese por solo un segundo, con esos descuidados napolitanos, cuyo semblante no expresa más que la pereza y la bestialidad.

Bastaba, en efecto, dirigir una mirada al rostro de aquel hermoso joven, para comprender que no estaba allí un mandadero igual á los que le rodeaban, un esportillero vulgar, una bestia de carga, en fin.

No: la belleza varonil de aquel semblante, la inteligencia de aquella fisonomía, la distinción del aire, la originalidad del traje, todo revelaba al primer golpe de vista al personaje que nuestros lectores sin duda han reconocido ya por el misterioso Salvador, el héroe principal de nuestra obra.

Salvador había hecho ya, desde las siete de la mañana, sus dos ó tres recados, porque no le faltaban; y preciso es decirlo, recibía las órdenes y las recomendaciones relativas

á su profesión, con la misma cortesania y casi diríamos con la misma humildad que hubiera podido hacerlo cualquier otro mandadero que no tuviese las mismas cualidades que él.

Verdad es que cumplía las comisiones que se le encargaban con muy distinta inteligencia que ninguno de sus camaradas.

¿Consistía en esta razón, puramente intelectual, ó en otra un poco más física, el que la clientela de Salvador se compusiese en su mayor parte de mujeres? No sabremos decirlo, y dejamos á nuestros lectores plena libertad para que, en vez de aceptar nuestra opinión sobre este punto, formen ellos una por sí mismos.

Para los pasajeros y las personas á quienes importaba poco saber lo que se agitaba en el espíritu ó en el corazón de Salvador, Salvador miraba los detalles de aquella encantadora fuente, que ni siquiera se piensa en mirarlos: tan familiares nos son desde nuestra infancia; ó bien Salvador se dejaba llevar de alguna de esas distracciones que aislan al distraído de tal modo, que llega á estar en medio de la multitud, por considerable que ella sea, completamente sólo con su pensamiento.

Pero para nosotros que le conocemos de mucho antes, Salvador no miraba la fuente; Salvador no estaba distraído, no; Salvador observaba y escuchaba; Salvador, mientras aguardaba algún mensaje que le sacase de su inmovilidad, hacía de todo lo que pasaba al alcance de sus ojos y de sus oídos un botín, que en un momento dado no tenía más que sondearlo, para sacar de él el carbunclo mágico que deslumbraba á todos los ojos, y le hacía pasar por un encantador.

Y sin embargo, en medio de todo esto, Salvador era

aún más el hombre del hecho que el de la idea; habitualmente, y nosotros hemos podido verle proceder así, obraba en vez de pensar, y cuando parecía pensar en vez de obrar, era, que como un maquinista hábil, preparaba algún cambio de decoración, algún secreto desconocido en la especie de hechicería que se levantaba en el fondo de su pensamiento.

Por otra parte, aunque inactivo por el momento, le hubiera sido, sin embargo, muy difícil entregarse á la distracción, aun suponiendo que lo desease.

En efecto, no pasaban cinco minutos sin que alguno se le acercase.

Cuando una persona se veía disgustada, no faltaba quien le dijese.

— ¿Estáis disgustado?

— Sí.

— Dirigíos á Mr. Salvador.

— ¿Dónde está? le ando buscando.

— Vedle allí.

— ¡ Ah ! ¡ Mr. Salvador !

Y entonces, la persona disgustada contaba á Salvador la causa de su disgusto; y fuese en derecho, fuese en medicina, fuese en moral ó en política, Mr. Salvador tenía siempre un consejo para el proceso, una receta para la enfermedad, un dictamen para la rectitud, una luz para la opinión, que hacía que, la persona que había venido á consultar á Mr. Salvador, se marchase, desengañado ó consolado, esperando ó creyendo.

Era á la vez para los habitantes del barrio, para los comerciantes, y comerciantas del mercado, y hasta para los simples pasajeros, una especie de consejo, un juez de paz, un perito, un hombre bueno, un médico de cuerpo y

de espíritu, un desfacedor de entuertos, un consejero.

Mr. Salvador era el Salomón del mercado, y no se hacía un negocio de alguna importancia que no se le consultase, ni había una discusión un poco seria en que no se le nombrase árbitro.

No se oían, pues, á propósito de cualquier cosa, más que estas dos palabras: ¡ Mr. Salvador! ¡ Mr. Salvador! y si un pasajero curioso preguntaba, como Juan Robert, al mozo de la taberna:

— ¿ Quién es ese Mr. Salvador?

Se le respondía como el mozo había respondido á Juan Robert:

— ¿ Mr. Salvador? ¡ Pardiez! es... ¡ es Mr. Salvador! Nada más, y era preciso contentarse con esta respuesta.

Sólo que si insistía en querer ver á Mr. Salvador, y éste no estaba á desempeñar alguna comisión, se lo enseñaban y casi siempre la mirada del preguntador sorprendía al joven apaciguando una disputa, conciliando un pleito, dando limosna á algún mendigo estropeado ó á alguna pobre viuda con un niño en los brazos y otros tres ó cuatro que se arrastraban en pos de ella agarrados á su vestido.

Resultaba de aquí que compradores, vendedores, enfermos, pleitistas, vecinos de París ó de los pueblos, todos le debían algo: este un consejo, aquel una limosna, el otro una lección.

Y su dictamen era siempre tan franco, su consejo tan bueno, su juicio tan recto, que más de una vez el comisario del barrio, enredado en los embrollados debates de sus administrados, había venido, calladamente, á consultar á Mr. Salvador, ó le había mandado á llamar, ó había mandado simplemente á los contendientes á presencia del joven.

En el momento en que emprendemos de nuevo este relato, es decir, el domingo 23 de Marzo de 1827, á las diez de la mañana, estaba Salvador solo, como hemos dicho, pero no mucho tiempo como vamos á decir.

En efecto, de la puerta de la taberna, á cuya pared estaba arrimado de espaldas, salió un grupo de mejillas rosadas y frescas, de ojos brillantes, de labios entreabiertos y dientes de esmalte; dos jóvenes, ó más bien, un joven y una joven, luminosos, centelleantes los dos, como el rayo del sol que les inundó en el momento de aparecer en el marco de la puerta.

Los ojos del joven cayeron sobre Salvador, que no podía verle teniendo, como tenía, vuelta la cabeza hacia el otro lado.

— ¡ Calla! dijo el joven con un asombro mezclado de alegría, es Mr. Salvador.

— ¿ Mr. Salvador? preguntó la joven, me parece que he oído ese nombre.

— Y hasta puedes decir que has visto su rostro, princesa, visto ó entrevisto. Es verdad, pobre niña, que tú estabas muy ocupada aquel día, y que se ve mal con los ojos anegados en lágrimas.

— ¡ Ah! sí, en Meudón, ¿ no es verdad?

— Justamente, en Meudón.

— ¡ Pues bien! pero ¿ quién es ese Mr. Salvador? preguntó la joven atónita y en voz baja.

— Es un mandadero, como ves.

— ¿ Sabes que tiene muy buena traza tu mandadero? dijo la joven.

— Sin contar que es aún mejor que parece, respondió el joven.

Y dando media vuelta á la derecha, de modo que fué á colocarse delante del mandadero:

— Buenos días, Mr. Salvador, dijo tendiéndole la mano. Medio se levantó Salvador como un bajá que da audiencia, miró al que le saludaba, cogió la mano que se le presentaba sin vacilación, y como un hombre que cree que su inteligencia le hace igual á cualquiera, la estrechó diciendo:

— Buenos días, Mr. Ludovico, me alegro de volveros á ver.

Era, en efecto, Ludovico, que á petición de la persona á quien daba el brazo, había venido á comer algunas docenas de ostras á la taberna de la Concha de Oro, que tenía la reputación de abrir las ostras más frescas, y destapar la mejor sangre de Cristo de todo el mercado.

— Pardiez, Mr. Salvador, repuso Ludovico, no me disgusta veros en el ejercicio de vuestras funciones. Protesto que nada menos que eso necesitaba para no persistir en la idea de creeros un príncipe disfrazado.

— Y yo también, repuso Salvador, eludiendo el cumplimiento, me complazco en veros: en primer lugar, porque os veo y me agrada estrechar la mano de un hombre de corazón y de talento, y además, porque me daréis noticias exactas de la pobre Carmelita. ¿Cómo está?

Ludovico hizo un movimiento imperceptible de hombros.

— Mejor, dijo.

— Mejor no quiere decir bien, repuso Salvador.

Ludovico extendió su mano en el rayo de sol que iluminaba la encantadora cabeza de su compañera.

— ¡Bah! espero que acabará de reponerse, dijo.

— Físicamente sí, dijo Salvador; pero moralmente, ¿cuántos años necesitará la pobre niña?

— ¿Para olvidar?

— ¡Oh! no digo eso; no necesito más que haberla visto, para decir que no olvidará nunca.

— ¿Para consolarse entonces?

— Sabéis, dijo Salvador, que las desgracias de que uno se consuela más pronto son las irreparables.

— Sí, lo sé muy bien, un poeta lo ha dicho:

Nada es eterno, no, ni el dolor mismo.

— Esa es la opinión del poeta; ahora ¿cuál es la del médico?

— La del médico, mi querido Mr. Salvador, es que no conviene que los espíritus elevados desprecien el dolor, como las organizaciones vulgares. El dolor es uno de los elementos de la naturaleza, uno de los medios de perfeccionamiento dados por Dios. ¿Cuántos hombres, poetas, artistas, quedarían desconocidos sin un gran dolor ó una gran enfermedad? Byron ha tenido la felicidad de nacer cojo y de casarse con una mujer caprichosa; Byron debe, no su genio, porque el genio viene del cielo, pero sí el darle á luz, el desarrollo, la eflorescencia de aquel genio á sus desgracias. Carmelita será como Byron, no un gran poeta, pero sí una grandé artista, una Malibrán, una Pasta, algo más poderoso tal vez, porque habrá sufrido entre las mujeres. ¿Hubiera sido ella feliz con Colombán? Hé ahí lo que nadie puede decir; ¿será célebre sin él? hé ahí lo que yo afirmo.

— Pero mientras tanto...

— Mientras tanto tiene cerca de sí un médico más hábil que yo.

— ¿Más hábil que vos? Permitidme dudarle, doctor. ¿Y quién es ese médico?

— Una jóven que no conoce una palabra de medicina, muy felizmente; pero que conoce todas esas angélicas pa-

labras de abnegación y de adhesión, que curan el corazón; una de sus amigas, educada en San Dionisio como ella, y que se llama Fresolina.

Sonrióse Salvador y se ruborizó á la vez al oír hacer el elogio de su muy amada querida.

En cuanto á la joven que Ludovico tenía del brazo, hizo, al oír hacer aquel elogio tan pomposo de otra mujer, un gesto que acompañó con un pelizco tan fuerte, que el médico no pudo retener un grito.

— ¡Eh! dijo, ¡qué es eso, Canta-Lilas?

Al oír este nombre, Salvador, que hasta entonces no había fijado mucho la atención en la compañera del joven doctor, mitad por indiferencia, mitad por discreción, volvió la cabeza hacia aquel lado, mirándola con ojos curiosos, aunque benévolos.

— ¡Ah! dijo, ¿sois vos la señorita Canta-Lilas?

— Sí, caballero, dijo la joven con cierto orgullo de que su nombre fuese conocido del bello mandadero, ¿me conocéis?

— Conozco vuestro nombre y vuestros títulos al menos.

— ¡Ah! ¡ah! ¿oyes, princesa? ¿Conocéis su nombre y sus títulos? ¿y cómo los conocéis?

— Por haberlos oído celebrar á los vasallos del principado de Vanves.

— Sí, dijo Ludovico, Camilo es quien la ha bautizado así.

— ¿No habéis tenido noticias tuyas, princesa? preguntó Salvador.

— Á fe mía que no, dijo la joven, no las he tenido, ni espero tenerlas.

— ¿Y por qué? preguntó Ludovico. ¿Crees acaso que estoy celoso de él?

— ¡Oh! señor doctor, sé muy bien que no me hacéis semejante honor. ¡Oh! la condesa de la Pala tenía mucha razón.

— ¿Qué decía la condesa de la Pala? preguntó Salvador.

— Decía: nunca te fies de los ingleses, que todos son malos; nunca te fies de los americanos, todos son...

— ¡Eh! ¡eh! princesa, ¿vais á revolver la Francia con los Estados de la Unión?

— ¡Ah! tienes razón; ¡y yo que olvidaba á la condesa de la Pala!

— ¿Dónde está?

— Me espera, ó debe esperarme, en la barrera de Santiago, adonde viene á curar las heridas de su tío. Vamos, tomemos un fiacre, conducéme adonde me has prometido conducirme en fiacre.

— ¡Ah! sí. Pero, princesa, ¿creéis que tengo, como vos, un principado?

— Bueno, cuando se cura á millonarios se debe nadar en oro.

— En efecto, Mr. Ludovico, parece que los habitantes de Vanves y de Bas-Meudón tratan de edificar un templo á Esculapio salvador.

— ¡Pues bien! me creeréis si queréis, querido Mr. Salvador, temo haber hecho un mal servicio á la humanidad sacando á ese digno Mr. Gerard del apuro; tiene un semblante que no me agrada gran cosa, y en esta materia, aun cuando así fuese, no me asombraría que hubiese un abominable bribón, oculto bajo el exterior de un hombre honrado.

— Pero en fin, hombre honrado ó no, ¿se ha salvado?

— ¡ Ay ! sí, á veces es un oficio incómodo el del médico.

— Veamos, sé franco, ¿ cuánto te ha pagado por tus tres visitas ?

— Princesa, como he olvidado, á propósito, dejar mis señas, y como no he vuelto desde que se me ha demostrado que estaba salvado, es aún esa una cuenta que no está hecha.

— Pues bien, dame tus poderes, y yo me encargo de ella.

— Corriente, más tarde.

— ¿ Cuándo ?

— Cuando nos separemos, será mi regalo de despedida.

— Está dicho ; pero entretanto, hé aquí, pasa un fiacre. ¡ Hola ! ¡ cochero !

Detúvose el cochero, torció á la izquierda, y condujo el vehículo á cuatro pasos del grupo.

— Vamos, dijo Ludovico, es preciso hacer lo que quiere, princesa.

— Hasta la vista, señor mandadero, como se dice en las *Mil y una noches*, porque vuelvo á mi primera idea : decididamente, sois un príncipe disfrazado.

Salvador sonrió ; los dos jóvenes se apretaron la mano ; Canta-Lilas lanzó por encima del hombro una mortífera mirada á Salvador.

Ludovico la interceptó al paso.

— ¿ Qué es eso, princesa ? dijo con fingida cólera.

— ¡ Á fe mía ! dijo Canta-Lilas, no sé lo que es mentir. Encuentro muy lindo ese mandadero, y si no te hubiese jurado fidelidad por tres semanas, sé muy bien qué comisión le daría.

— ¿ Adónde vámos, nuestro amo ? preguntó el cochero.

— Dad vuestras órdenes, princesa, dijo Ludovico.

— ¡ Puerta Santiago ! gritó Canta-Lilas.

Y el cochero partió en la dirección indicada.

## CAPÍTULO VI.

CUÁLES ERAN LOS ÁTOMOS CON GANCHO QUE HABÍAN SOLDADO Á GUISOTE EN ZANCADILLA, Y REMACHADO Á ZANCADILLA EN GUISOTE.

En el momento en que el fiacre que llevaba á Ludovico y Canta-Lilas desaparecía en el ángulo de la calle de San Dionisio, vió Salvador que de las profundidades de una de aquellas bóvedas, bajo las cuales parecía que el sol tenía vergüenza de penetrar, venían hacia él, semejantes á dos sombras, que saliesen, no del poético infierno de Virgilio, ó del sombrío infierno del Dante, sino de un simple albañal, las silhuetas agrupadas de dos hombres, que en el olor del alcohol, del tabaco, del ajo y la valeriana que exhalaban en derredor de sí, en vez de aquellos perfumes de juventud, de primavera y de violeta que habían llevado consigo los dos amantes, hubiera reconocido, con los ojos cerrados, al tío Guisote, el proveedor de gatos de conejar, de las tabernas de los alrededores, y su leal servidor y amigo Zancadilla, el traperero escarbador.

Con más razón los reconoció con los ojos abiertos.

Para las personas que, como Ratif de la Bretonne y Mercier, hacen un estudio particular de los gustos y las

costumbres de las clases inferiores, de los partos ínfimos de la sociedad, habrá ciertamente un profundo motivo de asombro en ver á un trapero tener un amigo.

Estamos perfectamente de acuerdo con esas personas, y nos hubiéramos asombrado como ellas, y como ellas hubiéramos dudado, si nuestra profesión de novelistas (oficio incómodo á veces, como decia hace poco nuestro amigo Ludovico, y como se va á ver, puesto que él nos obliga á arrastrarnos por semejantes sentinas); si nuestra profesión de novelistas, repetimos, no nos diese el privilegio de saberlo todo.

En efecto, el trapero, que nacido con un temperamento vagamundo (somos de la opinión de los que pretenden que el hombre es esclavo de su temperamento), en efecto, el trapero, que con un temperamento vagamundo ha desertado de la casa paterna, desde la edad más tierna, á fin de *trapear* (verbo activo y neutro al mismo tiempo), llevando una vida nómada, casi salvaje, nocturna casi siempre; convertido al cabo de algunos años en un ser, de tal modo extraño á su familia, que olvida el nombre de su padre y el suyo mismo, por el sobrenombre que se le da ó que se le ha dado, olvidándolo todo, hasta su edad; decimos que el trapero es casi incapaz de amistad; porque, ante todo, la amistad es un sentimiento generoso, y los sentimientos que se encuentran más frecuentemente de lo que se dice en las clases inferiores de la sociedad, no existen en el trapero, ese paria de las sociedades occidentales. Cubierto de los andrajos más repugnantes, afecta una especie de eínismo, se aísla de las masas, porque instintivamente comprende que las masas se aíslan de él; se hace poco á poco misántropo, melancólico, malvado, á veces áspero, y duro siempre.

Digamos de paso que entre los traperos hay siempre al-

gunos penados, y entre las traperas buen número de prostitutas de baja esfera.

Lo que contribuye á hacer sombrío al trapero, y á aumentar aquella tendencia á la insociabilidad, es el abuso de los licores fuertes, á que se entrega más allá de toda expresión. El aguardiente tiene para el trapero, y sobre todo para la traperera (porque este extraño animal tiene también su hembra), un atractivo increíble, que ningún otro sabría balancear: uno y otro consumen lo menos que pueden en alimentos, á fin de entregarse lo más frecuentemente, y con la mayor abundancia posible, á su pasión favorita. Creen que el brebaje de llama los sostiene lo mismo que las substancias sólidas tomando la fuerza artificial que les procura el alcohol por una prueba de fuerza real, mientras que aquella sobreexcitación no es otra cosa que la irritación que abrasa el estómago en vez de fortificarlo.

Reina también en la clase de los traperos una mortandad, doble de la que alcanza á las demás clases, aun las más desgraciadas.

El abuso del alcohol hace que les parezca soso el abuso del vino ordinario; así que, en las grandes ocasiones, el trapero que abandona un instante el aguardiente, se entrega en cambio al vino caliente condimentado con pimienta, y aromatizado con limón y canela, con gran desesperación de los taberneros, que á pesar de que reciben el dinero de sus prácticas, se indignan de ver tanta miseria y tanta sensualidad.

Compréndese, pues, que es difícil que un sentimiento cualquiera, excepto los instintos brutales de la naturaleza, entre en el corazón de uno de esos desgraciados réprobos; y por consiguiente, se puede uno admirar con cierta ra-

zón de ver á un trapero fraternizar con otro hombre, aun cuando este hombre fuese el cazador de gatos, como era nuestro antiguo conocido el tío Guisote.

Así que, el tío Guisote no estaba en el fondo, como á primera vista parecía, ligado á su compañero Zancadilla.

El tío Guisote era amigo de Zancadilla, poco más ó menos como lo es el oso de su guardián, como lo es el gato del ratón, el lobo del cordero, el gendarme del preso y el acreedor del deudor.

Zancadilla, para decirlo de una vez, era deudor de Guisote, y deudor de una suma exorbitante, si se piensa en que los medios de Zancadilla no excedían de veinte sueldos al día, ó para hablar más correctamente, de veinte sueldos por noche.

La deuda de Zancadilla al tío Guisote se elevaba en aquella época á la suma fantástica de ciento setenta y cinco francos y catorce céntimos, comprendiendo capital y réditos.

Es verdad que Zancadilla pretendía no haber recibido en realidad más que setenta y cinco libras y diez sueldos; Zancadilla protestaba contra el sistema decimal, y se negaba absolutamente á adoptarlo. Aun decía, que en aquella suma había encontrado tres monedas de treinta sueldos de plomo, y dos de quince de hierro blanco.

Ahora, aun adoptando la cifra confesada por Zancadilla, se preguntará cómo el llamado Guisote podía ser acreedor de una suma tan fabulosa respecto de su compañero, teniendo en consideración la situación precaria de los dos industriales.

En primer lugar diremos, que respecto á los dos industriales, había uno cuya industria era muy superior á la del otro, era la del cazador de gatos.

Cada gato muerto le valía al tío Guisote veinte ó veinticinco sueldos, y treinta ó cuarenta si el gato era de angola.

En el gato nada se pierde: la carne se torna en conejo, la piel en armiño.

Calculando por término medio en cuatro los gatos muertos diariamente por Guisote, tenemos una renta diaria de cinco francos, ó sea de ciento cincuenta francos por mes, ó de mil ochocientos por año.

De aquella suma anua de mil ochocientos francos, podía Guisote poner fácilmente á un lado mil francos, porque apenas tenía que ocuparse de su alimento, á causa de que los figoneros, cuyo proveedor era, le guardaban siempre algunos residuos de buey ó vaca, porque Guisote, á ejemplo de los grandes cazadores, nunca comía su caza; y en cuanto al vestido, tampoco tenía que ocuparse de él, porque sus pieles de desecho bastaban y sobraban para vestirle, tanto en invierno como en verano.

Guisote, pues, era rico; tan rico, que corrían rumores de que tenía un agente de cambio, y que jugaba á la Bolsa.

Pero Zancadilla tenía en su pobreza una cosa, que le envidiaba Guisote en su riqueza.

Zancadilla tenía una enana.

¿Cómo la señorita Bébé-la-Rousse, escapada de uno de los tablados de saltimbanquis del boulevard, se había unido á Zancadilla? Hé ahí lo que importa poco á nuestros lectores; pero era así. Zancadilla era, pues, el amante de Bébé-la-Rousse, cuyo retrato había figurado mucho tiempo en el boulevard del Temple, entre el león de Numidia y el tigre de Bengala, que aun figuraban allí con gran satisfacción de los curiosos, y con gran provecho de la reina

Tamatava, que adelantando á Martin y Van-Hamburg en el arte de encantar á los animales, entraba en su jaula tres veces cada velada, á riesgo de ser devorada una vez de cada tres.

Sólo después que la señorita Bébé-la-Rousse había desaparecido de la compañía, había desaparecido su retrato del cartel.

Ahora, ¿por qué había desaparecido del corral y de la compañía la señorita Bébé-la-Rousse?

Había muchas versiones respecto á este acontecimiento.

La más acreditaba en el boulevard del Temple, era que la señorita Bébé-la-Rousse había equivocado una noche los sacos, y en vez de meter la mano en un saco de labor, la había metido en el del dinero; después de lo cual se había deslizado de la barraca por una abertura cualquiera y había desaparecido.

La reina Tamatava había hecho gran ruido con el hurto; había querido denunciar al prefecto de policía á la señorita Bébé-la-Rousse, y no hubiera sido cosa difícil echarle la mano, aun cuando la fugitiva hubiese adoptado los zapatos con tacones de Mad. Dubarry; pero había hasta en la barraca del Temple una providencia que velaba por la imprudente enana.

Esta providencia era un tal Mr. Flageolet, á quien se veía pasear en París con los brazos cruzados, vestido como un carretero los domingos, á quien no se conocía renta alguna, ningún patrimonio, ninguna inscripción en el gran libro, ninguna casa al sol, y que hacía galantemente sonar por la tarde y por la mañana tres ó cuatro monedas de cinco francos en su bolsillo del pantalón.

¿Quién era, pues, Mr. Flageolet?

Mr. Flageolet era el intendente, el confidente de la reina

Tamatava; su conde de Essex, si la comparamos á Isabel de Inglaterra; su Rizzio, si la comparamos á Maria Stuardo.

Había también una heredera presuntiva de la susodicha majestad, cuya filiación seguramente se hubiera encontrado, si el Código no hubiera prohibido la investigación de la paternidad; y que en memoria sin duda del aire en que había nacido, se le llamaba la señorita Mussete.

Pues bien, Mr. Flageolet se había opuesto completamente á que se hiciese ninguna denuncia contra la señorita Bébé-la-Rousse, y la reina Tamatava, viendo la magnanimidad de su consejero intimo, había exclamado, confirmada en ciertas sospechas celosas:

— Corriente, que vaya á hacerse ahorcar en otra parte. Soy demasiado feliz en haberme desembarazado de semejante bribona, mediante algunas monedas de cinco francos.

Pero como la señorita Bébé ignoraba la generosidad de que se usaba en el boulevard del Temple respecto á ella, creyó prudente ocultarse, durante algún tiempo al menos, y pronto se esparció el rumor en el barrio de Santiago, de que Zancadilla tenía en su casa una querida, que celoso como un bey de África, ó un sultán de Turquía, la ocultaba á todos los ojos.

No había medio de comprobar el hecho, porque el chiritil de Zancadilla daba á un patio.

La señorita Bébé-la-Rousse, que ni aun tenía para distraerse *vista á la calle*, como suele decirse, se fastidiaba mucho, y no atreviéndose á salir de día, por temor de encontrar otra *roja* que hubiera podido ponerle la mano encima, se estaba una parte de la noche á la ventana, escuchando cantar el ruisenor, y contando las estrellas, mientras que Zancadilla recogía trapos.

Guisote, que había notado que solían pasar gatos por debajo de la puerta del patio de la casa que habitaba Zancadilla, se colocó en acecho arrimado á la puerta.

Vió á la enana á la ventana.

Poned á Romeo en lugar de Guisote, y á Julieta en lugar de la señorita Bebé, y tendréis una escena seductora de autor y de poesía, que os referiré si lo exigís, queridos lectores, aun después que Shakspeare, mientras que os suplico que no me pidáis la escena que pasó entre la señorita Bebé y el tío Guisote.

El resultado de la escena fué pura y simplemente que al día siguiente, al desayunarse con Zancadilla, le propuso Guisote cederle, por cinco francos al mes, una habitación amueblada, de las dos que tenía.

Como esto era justamente lo que Zancadilla pagaba sin muebles, aceptó el trapero con reconocimiento la oferta del cazador de gatos, y transportó á casa de su generoso propietario, sus penates y los de la señorita Bebé.

Al fin del mes, Zancadilla, que se encontraba lo mejor posible en su nuevo domicilio, manifestó alguna inquietud; la señorita Bebé, compañera compasiva, se informó de las causas de su incomodidad.

Zancadilla le expuso sus temores de no hallarse en disposición de pagar su alquiler.

La señorita Bebé reflexionó, y el resultado de estas reflexiones fueron estas palabras, que dieron mucho que pensar á Zancadilla.

— Yo arreglaré el asunto con Guisote.

Pero como, en efecto, el asunto se arregló de modo que Guisote no habló más del alquiler á Zancadilla, éste no pensó más en ello.

Como había tomado la bienhadada costumbre de no pen-

sar en el alquiler de su primer mes, no creyó útil perder esta costumbre en los demás meses, y como un mes, dos y tres, pasaron sin reclamación por parte de Guisote, se habituó dulcemente á esta idea, á saber: que había encontrado lo que era tan difícil encontrar, excepto en Santa Pelagia: un alojamiento gratis.

Había más.

Quando la noche había sido mala, es decir, lluviosa, fría ó estéril, y Zancadilla entraba mojado, helado ó con el serón vacío, circunstancias todas en las que la señorita Bebé no tenía por qué congratularse del compañero de su vida, sucedía con frecuencia, que á las primeras palabras sonoras que oía Guisote en la habitación de sus inquilinos, llamaba á la puerta, entraba, y al ver lo sombrío de los semblantes, echaba mano al bolsillo, diciendo:

— ¿Qué es eso? ¿qué es eso? ¿lágrimas y rechinamientos de dientes porque la recolección ha sido mala? ¿La de pieles de conejos ha sido buena, y los amigos no son turcos!

— ¿Y á qué viene eso de que no son turcos? preguntaba Zancadilla, escéptico como un trapero.

— Veamos, ¿haría tu felicidad si te prestase treinta sueldos?

— Al menos, contribuiría infinitamente á ello, respondía Zancadilla.

— ¡Pues bien! sé feliz, ahí tienes quince.

— Pero con quince sueldos no seré más que feliz á medias.

— Anda, come esos, y si no eres feliz más que á medias, después veremos.

Zancadilla partía entonces, compraba por quince sueldos felicidad líquida en vez de comprarla sólida; bebía la felicidad en vez de comerla, y volvía, en general, tan feliz á

casa, que no pudiendo con el peso de su felicidad, se le encontraba, ora al pie de un guardacantón, ora á la puerta de la calle, ora sobre el primer escalón de la escalera.

Encontraba el trapero la existencia tal como se la presentaba su amigo Guisote, bastante dulce, cuando una catástrofe inesperada vino á derribar, como un castillo de naipes, la felicidad que creía cimentada sobre roca.

El hombre propone y el diablo dispone.

Había tres ó cuatro meses que las cosas pasaban así, cuando al entrar estropeados de su lucha con nuestros jóvenes, durante la noche del martes de Carnaval, el cazador de gatos y el trapero; al entrar, decimos, en el domicilio común, quedaron sumamente atónitos de ver en medio de gendarmes, que le hacían el honor de acompañarla, á la señorita Bébé-la-Rousse, cuyo jergón se había enriquecido con dos cubiertos de plata, que habían desaparecido de casa del platero vecino, donde la enana había entrado durante el día á que le compusiesen un reloj de plata, que debía á la liberalidad del tío Guisote.

Al ver la enana á los dos amigos, les hizo un guiño expresivo.

Los dos la siguieron de lejos con las orejas bajas y los brazos caídos, y la vieron entrar en el cuartel de Lourcine, donde los gendarmes la hicieron entrar la primera, sin duda por deferencia á sus encantos.

Al ver aquello Zancadilla, en el colmo de la desesperación, pidió á su amigo que le prestase una pieza de quince sueldos, dudando (tan grande era su dolor) que aquella suma de setenta y cinco céntimos, como decían los novadores, bastase para su consuelo; pero queriendo al menos, en medio de su resignación á las órdenes de la Providencia, intentar consolarse.

Desgraciadamente, la señorita Bébé-la-Rousse no estaba ya allí para servir de intermediaria entre Zancadilla y Guisote: resultó, que no sólo Guisote negó á Zancadilla los setenta y cinco céntimos que le pedía, sino que le declaró que necesitando la suma que le tenía adelantada, le invitaba á que soldase aquella cuenta lo más pronto posible.

Como hemos dicho, aquella suma, comprendiendo los alquileres de la habitación y el interés del dinero al diez por ciento, ascendía á la exorbitante cifra de ciento setenta y cinco francos y catorce céntimos.

La reclamación había introducido frialdad entre los dos amigos: de la frialdad habían pasado á la riña, de la riña iban á pasar á un proceso, en el que se encontraba amenazada la libertad de Zancadilla, cuando habiendo encontrado los dos separadamente la vispera á Bartolomé Lelong, que había salido hacia ocho días del hospital Cochín, completamente curado de su hemorragia, les había dado un consejo, á la vez que les había hecho una invitación.

El consejo era que tomasen á Salvador por árbitro de la diferencia que les dividía.

La invitación era que vaciasen con él, en glorificación de su feliz restablecimiento, algunas botellas de Borgoña en la taberna de la Concha de Oro de la calle de Fers.

Y hé aquí por qué Zancadilla y Guisote, enemigos la vispera por la misma causa que había perdido á Troya, y enemistado los dos gallos de La Fontaine, hé aquí por qué Zancadilla y Guisote, decimos, enemigos la vispera, avanzaban hacia Salvador y la taberna, apoyados uno en el brazo del otro, tan firmemente, como si ninguna pasión humana ó ningún interés humano pudiera separarlos.